

NUESTROS HONGOS

El Legislador.

Tipo múltiple, amorfo, inconsistente, vario... El legislador cubano es algo "sui géneris". No se parece al de ningún otro país. Vive un ambiente suyo. En un medio que le es peculiar y primitivo.

Alrededor de nuestro Congreso se ha ido condesando una atmósfera de sombras. Y esa atmósfera la ha formado su "tipo psicológico" predominante. "Tipo", que en un principio de reducido radio de acción, se ha ido ensanchando, y ha ganado por momento terreno, ha contagiado, ha extendido su influencia y hoy es genérico y fija las características determinantes del "grupo legislativo". De tal manera que sofoca y neutraliza por completo toda manifestación que tienda, en sentido contrario, o simplemente distinto, a llevar la dinámica de ese Poder del Estado por rumbos de eficiencia nacional.

La **revolución** con su esfuerzo levantó la **República**, y todos pensamos que el nuevo Capitolio sería la consagración del pensamiento revolucionario en orden a las supremas conquistas del ciudadano.

Se pensó así. El sacrificio de tantas generaciones —sacrificio de un siglo— iba a hacerse flor en una renovación completa de nuestras esencias coloniales. Teníamos ya Capitolio. Y de ese Capitolio, de ese Congreso, iba a brotar la nueva corriente encargada de llevar a todos los órganos de nuestra economía social la savia de los nuevos tiempos.

Desgraciadamente, no ha sido así. "El legislador-hongo" se ha sobrepuesto como forma típica de la familia. Poco importa la manifestación aislada e individual

de los capaces, de los que tienen voluntad y preparación. La corriente general ahoga toda buena tentativa. Se ha impuesto la condición genérica del parásito. En tal forma, que "legislador" entre nosotros es ya sinónimo de "enemigo" de todo régimen de progreso social. En vez de una evolución ascendente, nuestro Congreso ha ido retrogradando, y toca hoy los límites de una inferioridad inconcebible.

En correlación orgánica con la incapacidad manifiesta del Poder Ejecutivo es doloroso el espectáculo que ofrece el legislador cubano. Las costumbres políticas, en un plano de constante degradación, nos han traído a un estado de abatimiento moral por demás lamentable. Y ese abatimiento en donde mejor se revela es en la contextura de nuestra gente de leyes.

Y tan caro como le es al país el sostener la incapacidad de sus Estamentos! Cuantiosos sueldos, negocios, botellas, colecturías y una impunidad absoluta. Ese es el "hongo" que hoy pasa por nuestra lente.

Y para engordarlo, para sobrealimentarlo, ahí vuestro sudor de todo el día, vuestra vida de agonía, y hasta el pan de vuestros hijos.

Lógica, sin embargo, es su "realidad" dentro de nuestro proceso de decadencia. Consecuentemente con lo que somos como "Gobierno" somos como "Congreso".

Nuestra rehabilitación legislativa solo será posible el día que en Palacio se siente un Presidente dispuesto a no utilizar los recursos ocultos, misteriosos y eficaces de su omnipotencia.



NUESTROS HONGOS

El Botellero.

Este feliz mortal es hijo directo y legítimo de la anterior administración. José Miguel Gómez, es el creador del "tipo". A él se debe su surgimiento, su preparación y su cultivo.

Antes que subiera al poder el ilustre arriero espirituano, en Cuba se ignoraba absolutamente la manera de vivir del presupuesto sin necesidad de acudir —siquiera por mera forma— a ninguna oficina del Estado. Hasta entonces la nómina significaba trabajo realizado, alguna función cumplida, algo, en fin, para justificar el sueldo devengado. Pero, sube a la Presidencia el General Gómez, y surge por generación espontánea, exuberante, espléndido de vida, ese "bribonzuelo" —especie "souteneur"— que ha resuelto perfectamente entre nosotros el problema de vivir sin trabajar.

La creación del General Gómez, desde su Palacio, durante sus cuatro años de pillaje, no pudo tener más éxito. El "botellero" es hoy una institución nacional. Bajo el menocalato que padece-
mos su acción social se ha robustecido a tal grado que no ser hoy "botellero", no disponer del hueco en el presupuesto sin hacer en cambio nada, es uno torpeza. Para estar a la moda se impone en estos tiempos de profundo reba-

jamiento el serlo. Viste mucho una "botella". Y, después de todo, parece lógico ya que la Presidencia del Estado no otra cosa es que una inmensa botella. Y el Presidente nuestro "Primer Botellero". En otros países se le llama "Primer Ciudadano", pero aquí se ha subsituido tan rancia denominación por esta otra más simpática y atrayente de "Primer Botellero". Cuestión de nomenclatura.

Y sabéis lo que representa ese "hongo" tan interesante que venimos estudiando? ¿Sabéis lo que en nuestro sistema económico significa ese "botellero" que se pasa la vida en el café de la esquina, de tertulia de amigos, que sólo se aparece por la oficina a que está adscrito el día de cobro?

Pues no representa más que una mitad de nuestros enormes presupuestos nacionales. Nada. Una bicoca. Un grano de anís. Muy poco, por cierto, para lo que representa dentro de nuestro progreso colectivo su acción por demás beneficiosa. Mucho más debería ser.

El botellero ¡Nuestro flamante botellero! Y pensar que para sostener a tanto granuja, miles de ciudadanos honrados y dignos, creadores de savia, día tras día, sudan la camisa en un esfuerzo agotante.

